

Éxtasis, de Gerardo Kleinburg

La química de las palabras

José Gordon

Experimento: se colocan siete relatos dentro de unas pequeñas cápsulas transparentes que tienen 150 miligramos de MDMA, 3,4-metilendioximetanfetamina, mejor conocida como *éxtasis*; se mezclan con los deseos más íntimos que moran desde el pasado en el fondo de nuestras neuronas; se entrelazan con la química de las emociones y de las palabras, y se genera una poderosa novela de Gerardo Kleinburg que explora las fronteras de las identidades en las que nos hemos encerrado.

En la novela *Éxtasis*, Kleinburg—quien es también ingeniero bioquímico—investiga con curiosidad de científico y artista lo que sucede con la llamada droga del amor, que rompe las corazas e inhibiciones de sus personajes. El experimento de Gerardo observa con atención las carambolas que ocurren con ellos en una noche ignota que están por recorrer. Los elementos en juego son los siguientes:

Un personaje llamado Edén quien—como su nombre lo indica—representa el éxtasis. Es una especie de Aldous Huxley, un tío cósmico, una suerte de *preacher* solitario que reparte cápsulas de MDMA, porque quiere redimir al prójimo con las bondades de la droga de la aceptación, del perdón y la tolerancia, de la cancelación del ego.

Un cuarteto hecho de dos matrimonios que están al borde de la transgresión. El dibujo de esta relación está a la altura de la química emocional más arriesgada que aparece en los personajes de la novela *Sombras sobre el Hudson*, de Isaac Bashevis Singer o en un memorable cuarteto de la novela *En busca de Klingsor*, de Jorge Volpi.

La tragedia de comunicación de una mujer con su madre que se resume en las palabras: “Me va a querer, me va a aceptar y no me va a agredir”.

Un sicoanalista exitoso y arrogante que quiere probar—sin el conocimiento de su paciente—los efectos del éxtasis en el síndrome de estrés postraumático que ella sufre al ser víctima de la violencia del narco en México. Dicho sea de paso, efectivamente hoy en día se llevan a cabo protocolos oficiales en distintos países que han comprobado su efectividad en este campo.

Un chofer y una sirvienta que se sienten mal por andar juntos debido a la historia que traen atrás. Ello le permite a Kleinburg explorar sin falsos pudores los lenguajes de otra clase social. La química cerebral, el flujo del placer y la serotonina son el mismo con palabras distintas: “Mejor dame otro beso así de estos riquísimos.

Así como pa que al sacar el aire se sienta como si respiramos el del otro”.

Una fiesta de despedida a un joven que quiere ser sacerdote. Sus amigos quieren iniciarlo en otros secretos antes de que se entregue a su vocación de salvar otras vidas.

Uno de los muchachos que está en esa fiesta de despedida se enfrenta a un gran dilema: ¿Qué se hace cuando un amigo se está muriendo de sida y no quiere que nadie lo vea?

El laboratorio en donde Kleinburg realiza este experimento con el éxtasis se da en el más que simbólico antro llamado La Vorágine, en donde todos los personajes de alguna u otra manera están interconectados. A veces tan sólo con una mi-

© Mayra Amézquita



Gerardo Kleinburg

rada furtiva, sin advertirlo, entramos en el campo de conciencia del otro. Formamos parte de su red de activación neuronal. ¿Cómo reaccionan las neuronas y la química cerebral ante los vertiginosos sentimientos de una droga que afloja la construcción de las identidades en que nos petrificamos? Se trata de una sustancia química que rompe las corazas con las que nos protegemos y permite la vulnerabilidad y la empatía. Kleinburg no hace una apología del éxtasis; simplemente describe sus efectos, tanto positivos como negativos. Lo que le importa, parafraseando a uno de sus personajes, es que efectivamente no nos perdamos en las drogas pero tampoco en la sobriedad. El escritor David Grossman ha escrito sobre el peligro de pudrirnos en la sobriedad. Lo que le interesa a Gerardo

es esa narrativa en donde los seres humanos, que son como neuronas solitarias, salen de sí y se encuentran. Este es justamente el significado de la palabra éxtasis. Lo define así uno de sus protagonistas: “Ex: afuera y stasis: lugar. Salir del lugar donde siempre estamos. Movernos. Ir a otro sitio”. Este exilio es fundamental. En una entrevista que le hicieron en 1997, Juan Gelman hablaba de lo que revela el exilio en torno al arte y la comunión. Dice Gelman: “Sospecho que entre la poesía y la mística hay por lo menos una dimensión común, la del éxtasis, el ‘salirse de sí’, y que ese éxtasis en realidad sucede en el silencio, en el silencio de los místicos y en el silencio de los poetas”.

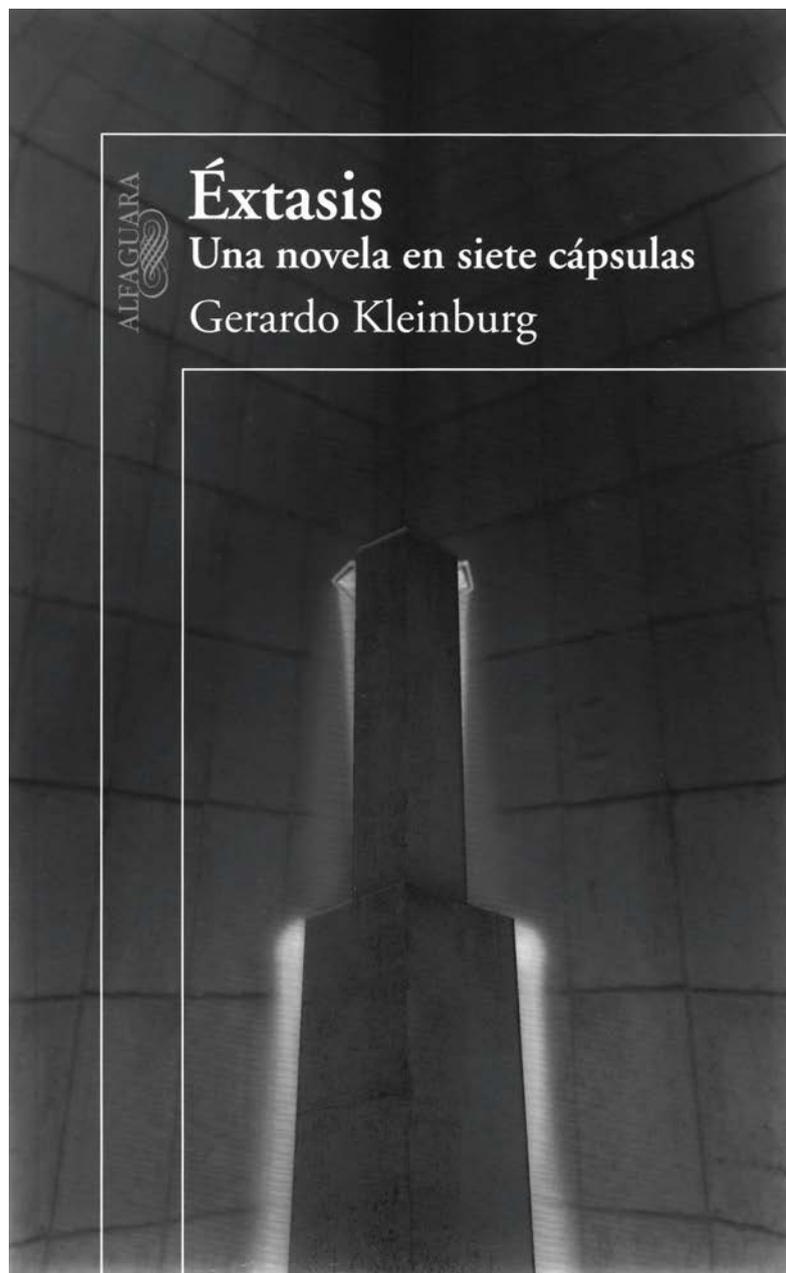
A Kleinburg le interesa esa especie de mesianismo químico que se da cuando se

aflojan las amarras neuronales, se abre el alma y uno puede percibir la luminosidad de un desconocido. Esta experiencia, plantea Gerardo, está relacionada con los neurotransmisores, con las moléculas indispensables para generar empatía, confianza, amor y vinculación afectiva. Todo sucumbe ante el tsunami de lubricidad que inunda a los cuerpos de sus personajes. Escribe el autor de esta novela: “En medio de este cataclismo de feromonas, la historia —sus historias— se transforma en un titiritero que mueve esos cuerpos en una maraña de hilos”.

El conocimiento profundo que Gerardo tiene de las artes teatrales y musicales le permite apreciar que lo que antaño eran los hilos de los dioses son ahora los hilos de la neuroquímica, como si nuestra historia estuviera escrita dos veces: una en la que aparentemente somos los protagonistas de nuestras decisiones; y la otra, que sucedió —como dice el neurocientífico Ranulfo Romo— unas fracciones de segundo antes, en las chispas eléctricas que se encienden en el cerebro, en una escritura química en donde pueden intervenir la dopamina y la serotonina.

Sin embargo, dentro de esa vorágine también interviene la química de las palabras fatales que a su vez cambian por milímetros el destino químico. Gerardo aprecia los efectos que tan sólo diez sílabas pueden tener en sus personajes para detonar “una reacción en cadena a partir de la masa crítica de deseo acumulado”. Ahí es donde también actúan en nuestros cuerpos la química de las miradas y la química que despierta el arte.

En un antiguo tratado místico, llamado *Los Yoga Sutras* de Patanjali, se proponen tres caminos para lograr el éxtasis de la comunión: una son las hierbas (es decir, sustancias químicas); otro son los mantras (las palabras); y el tercero el silencio (tan vinculado con la música). En la novela de Gerardo Kleinburg es claro que la marea de las palabras y los relatos nos lleva también al éxtasis, a salir de nosotros mismos en busca de la compasión, la piedad y la redención. **U**



Gerardo Kleinburg, *Éxtasis*, Alfaguara, México, 2014. 328 pp.